

## Capítulo

# 1

*T*aim san i go daun i gat bikipela singsing. Así es como un papú te invita a ir de fiesta al anochecer. Su idioma canta, su idioma baila, su idioma huele a aroma de pájaro del paraíso, a manglar, a pez payaso, a canoa. Desde que Alice encontró el diccionario de francés-pidgin en la cabina pintada de amarillo del ascensor de su edificio, se imaginaba a punto de partir. Se veía en la pista de aterrizaje, dispuesta a embarcar hacia Nueva Guinea, decidida a marcharse para olvidar entre los colores de un lugar desconocido.

Todo eso era muy bonito, pero había llegado el momento de ponerse en movimiento, su cliente la esperaba en Porte Maillot. Alice cerró el diccionario de mala gana. «Lo primero, el botiquín», pensó. Cogió una pastilla para la migraña, buscó en vano algún medicamento contra el dolor de estómago y se dirigió a la ducha. Se enjabonó con vigor, canturreando una canción que había compuesto ella: «¡Al ponerse el sol, todos iremos a bailar!».

Ocultó el azul de sus ojos con unas lentillas marrones y se maquilló cuidadosamente. Algunos pensamientos lúgubres aprovecharon la ocasión: «No irás a ninguna parte —dijo el reflejo de Alice—. Te morirás de aburrimiento en París, porque es la

ciudad de Diego, de Diego Carli, el hombre de la piel suave y el corazón de esparto. Eres una desmesurada pusilánime de un metro sesenta y ocho de altura; tus años, uno tras otro, van desapareciendo en el Gran Incinerador. Ya está, eso es todo y punto. O quizá no. En ocasiones, basta con una pizca de voluntad para detener el mecanismo, ¿no es así, pequeña Alice?». Como homenaje a sus sueños de evasión, deslizó el diccionario en el bolso.

Pasó por la farmacia del Quai de Valmy. El farmacéutico era un completo desconocido y más joven de lo habitual. Decidió burlarse.

—¿Tiene algún parche contra el mal de amores?

—Eh, no..., pero...

—No importa, en su lugar, deme algo contra la acidez de estómago, por favor.

El chico rebuscó en uno de esos cajones largos y estrechos, de los que las farmacias tienen la patente, y dejó el medicamento sobre el mostrador sin saber qué decir.

—¿Cuánto le debo?

—Cinco euros con sesenta y tres, pero...

—¿Sí?

—Perdone mi curiosidad, señorita, se parece terriblemente a..., bueno, es decir, durante unos segundos la he confundido con Bri...

—¡Brigitte Bardot! ¡Bravo, bingo! A su licenciatura en farmacia hay que añadir el sentido de la fisonomía.

Alice cogió el cambio, se ahuecó el pelo como la inolvidable intérprete de *Y Dios creó a la mujer* y, a continuación, abandonó la farmacia y al farmacéutico cimbreado las cadenas mientras agitaba unas maracas invisibles para dar ritmo a su canción: «¡Al ponerse el sol todos iremos a bailar! / ¡Por nada del mundo me perdería el *singsing!*!».

—¡Bardot! ¡Y qué más! ¡Pues vaya descarada! —declaró una anciana, ofendida.

—A decir verdad, a mí me pareció Britney Spears —dijo el joven farmacéutico un poco aturdido.

—¿Britney Soupir?

—Una cantante americana.

—No conozco a Britney Soupir, pero esa rubita habla francés a la perfección —señaló el marido de la señora.

—Incluso he pensado que se trataba de una broma con cámara oculta —continuó el farmacéutico.

—¡Tiene razón! Todo esto es por culpa de la tele —dijo la señora—. Los jóvenes creen que viven actuando. Y ¿se ha fijado cómo hablan los presentadores? Por no mencionar las confesiones de intimidades varias delante de todo el mundo. Yo creo que eso, a la larga, nos hace mucho daño.

—Eso altera la salud mental colectiva —admitió el farmacéutico, aún confuso por lo que había visto.

—Habla como los de la tele —dijo el marido de la señora.

Ya en el Quai Valmy, Alice abrió la caja con impaciencia y tragó un gel de color rosa. Debía reconocerlo, el día anterior se pasó. Eso es lo que tenían de bueno y, a la vez, de malo las fiestas familiares: los clientes siempre te invitaban a beber, lo cual te permitía aguantar a la prole. A mitad de la fiesta, aquellos críos podridos de caprichos la echaron del escenario para instalar el karaoke. ¿Qué sentido tenía hacer de doble de Britney en *playback*, cuando todo el mundo se desgañitaba cantando a Jean-Jacques Goldman a pleno pulmón y, además, desafinando?

Cogió el metro en la Estación del Este, bajó en Porte Maillot y recorrió el bulevar Gouvion Saint-Cyr. La torre del Astor Maillot se hacía más grande conforme sus pasos la acercaban a ella. Uno de los pocos rascacielos de París dignos de ese nombre; algunos días, Alice tenía la sensación de vivir en un museo. Encontrar aquel diccionario le había reavivado por completo la idea de largarse a algún lugar más emocionante, y lo más alejado posible de Diego.

Entró en el Astor Maillot bajo la mirada evaluadora del portero y subió en el ascensor con unos americanos. Ellos iniciaron la conversación, dispuestos a preguntarle si de verdad era la cantante de su país; no obstante, el acento de Alice les salvó del equívoco. Se presentó como la presidenta del club de fans francés de Britney Spears, al que pertenecían ocho mil quinientas catorce rubias, de las cuales, no pocas eran travestís; los turistas disfrutaron de la historia con deleite. Los dejó en la planta treinta y cuatro; en ese momento, un adolescente que se dirigía a la piscina le propuso una copa en el bar de la planta cuarenta y seis. Alice le respondió que la tomaría con gusto cuando hubiera cumplido la edad legal.

Era la primera vez que un cliente le reservaba una habitación a modo de camerino. Había sospechado un plan sórdido, un pervertido deseoso de violar a Britney Spears furtivamente. Luego le vino a la memoria el nombre de Pierre Maréchal. El gerifalte de una empresa financiera. La joven ya había actuado en el cumpleaños de su hijo Gildas, en Neuilly. Ese día, el crío cumplía doce años y seguía igual de enamorado de Britney.

Como habitualmente, propuso a Maréchal immortalizar el acontecimiento en DVD, y éste aceptó sin que el precio le doliera en prendas. Alice pensó en su primo Jules. Con tal de que llegase puntual e hiciera un trabajo correcto... A él sólo le interesaba el periodismo y resultaba difícil hacerle entender que un recuerdo familiar había que cuidarlo tanto como un reportaje para la tele.

A través de la pared de cristal del gimnasio se veía a gente levantando pesas y chapoteando en la piscina. El adolescente simulaba leer el reglamento, al tiempo que le lanzaba miradas furtivas. Alice le hizo un pequeño gesto de despedida. Introdujo la tarjeta magnética en la cerradura y entró en la 3406.

Dejó la puerta entreabierta, una potencial salida de socorro rápida, echó un vistazo por la habitación para comprobar que no se escondía ningún maniaco en alguno de los armarios. Perfecto, nada reseñable, salvo una habitación elegante y delicadas atenciones: la bañera llena de agua perfumada, una botella de Cristal de Roederer, un plato de pastas y un ramo de flores variadas, magnífico, aunque algo extraño, flores de lis mezcladas con silvestres.

Echó el pestillo y puso la cadena de seguridad. Pensó que podía curarse la resaca a la brava y se sirvió una copa de champán. Con la botella en una mano y la copa en la otra, entró en el cuarto de baño. El aroma del baño de espuma competía con el de las flores. Se sentía en una isla lejana, la arena ardiendo y todos hablando pidgin. Introdujo la punta de un dedo del pie. La espuma era densa como una docena de huevos de avestruz muy batidos; sin embargo, el agua estaba demasiado tibia. «Marréchal, ¿te parece que este baño está a buena temperatura?». Se llenó de nuevo la copa, el champán estaba delicioso.

Regresó a la habitación para disfrutar de las vistas. París desde esa perspectiva tenía mucho mejor aspecto. El Arco del Triunfo aparecía completamente amarillo bajo el sol radiante, y la brecha del bulevar Pereire dibujaba una oruga gigante. El pastelón del Sacré-Coeur impresionaba. Alice se imaginaba un enorme corazón sangrando y palpitando dentro del edificio a punto de hacer temblar las paredes.

En el periférico, los coches parecían escarabajos brillantes. Una cohorte de insectos bajo el efecto de anfetaminas girando sin cesar alrededor de París y, además, en ambos sentidos. Y los transeúntes, hormigas. En ese hormiguero, ¿dónde estaba Jules? Alice podría haberle invitado a una copa antes del espectáculo. No obstante, ese momento de paz era demasiado precioso. Por otra parte, su primo nunca había sido demasiado divertido. Filmaba la realidad porque no sabía ofrecer nada en su lugar.

Hizo un brindis imaginario con el primo Jules y todas las hormigas que pateaban treinta y cuatro plantas más abajo. El alcohol le aguzaba las ideas, imaginaba París poblado de Diegos. Dios lo había clonado y vivía en todas partes, trabajaba en cada uno de los hospitales y oficinas, subía al metro en todas las estaciones a la vez, cuarenta y cinco mil veces al día, se dejaba ver en los bancos públicos, detrás de los ventanales de los cafés y de las columnas Morris. Incluso las abuelitas con perros eran Diego. Los conductores de autobús, los porteros de los hoteles eran auténticos Diegos. Y todos los turistas y todos los primos Jules. Había tantos Diegos que confiaba, al fin, en una sobredosis, lo que le daría fuerza para alcanzar las tierras australes y los mares del sur, en lugar de llorar por un chico demasiado para ella.

Entre tanto, debía hacer el espectáculo. Tenía que recrear a Britney para el pequeño Gildas. ¿Cuántos años cumplía? Y la hora, ¿cuántos años tenía la hora? Alice miró el reloj. Resultaba extraño. Nacarado, esculpido en una concha de una isla lejana.

Se apartó de la ventana, del cinturón de escarabajos que habían salido directamente de las tumbas egipcias profanadas por los saqueadores y rodeaban la ciudad sin que lo supieran sus habitantes, de la oruga intoxicada con plutonio. No debía retrasarse. El Maréchal de la Ciudad de la Pasta la esperaba.

Dejó caer la ropa sobre la moqueta con un ruidito de alas de mariposa negra. Se puso el vestido de lentejuelas y los zapatos plateados. Y Britney Spears se dirigió a ella:

—¡Buenas tardes, Alice! Qué amable eres por haber venido.

—Normal, Britney, es mi trabajo.

—Estás guapa.

—No tanto como tú.

—Por supuesto que sí, somos exactamente iguales.

Alice sintió deseos de decirle que no, no eran en absoluto iguales. Britney era mucho, mucho más rica. Sin em-

bargo, habría sido de mala educación hablar de ese modo a Britney Spears, sobre todo, sobre todo, porque Britney acababa de llegar. Pues sí, allí estaba en persona. Sencillamente, había pasado por la fiesta, ehh..., no, por la ventana, pero eso era muy normal. Alice siempre pensó que Britney Spears era un hada.

Había estado revoloteando por el cielo de París y luego entró ligeramente, con el viento crispando su cabello dorado y los dientes blancos como un reloj de nácar. A Alice le dio tiempo de ver su braguita de encaje.

Britney pasó detrás de Alice, entonces Alice se dio la vuelta. Un hombre empapado estaba de pie en medio de la habitación. Y Britney había desaparecido.

El hombre posó la mano sobre la mejilla de Alice. Era una mano mojada. Alice pensó: «Este hombre sólo puede ser Diego. El Diego de la Ciudad de los Diegos». Ese Diego caminó hacia la ventana y señaló el cielo. Britney Spears estaba de nuevo en el cielo pálido, y nadaba o bailaba, Alice no lo sabía muy bien. De cualquier modo, Britney sonreía, pero no a ella, era una sonrisa gratuita para nadie en particular. Alice sintió cómo una angustia roja enervaba su cuerpo. Habían sustituido su sangre por una materia en combustión. Aquello iba a arder. La ventana del Gran Incinerador estaba abierta. El clon de Diego quería que entrara por ella. Además, le decía:

—Alice, ven, ven, ha llegado el momento de tu número.

Britney, la chica despreocupada, nadaba en el cielo de esmalte, y bailaba como nunca antes había bailado, y cantaba igual que una sirena del aire.

En cuanto a Alice, ya no tenía ningún medio para resistirse a la voz de ese Diego.

La cámara grabó la caída hasta que el cuerpo se estrelló contra el techo de un coche.

—¡Es horrible! —gimió una mujer.

—¡Mamá, es Britney Spears! —dijo una cría, antes de echarse a llorar.

—Claro que no, Clotilde. Es otra persona.

—Hay que llamar a la policía —dijo un señor mayor.

*Zoom* sobre la gente y luego sobre el cuerpo.

—¡Ha perdido la cabeza! ¡Está usted enfermo, filmar a la pobre chica!

El hombre empezó a golpearle las costillas. Los puñetazos se hicieron agresivos.

—¡Apague eso de inmediato! ¡VOY A DESTROZARTE LA PUTA CÁMARA, CERDO!

El portero llegó corriendo. Lo seguían unos empleados con el uniforme del Astor Maillot. Un hombre llamaba a la policía.

La cría que había creído reconocer a su cantante favorita miró al cámara. Un barbudo vestido de rapero. Estaba pálido, pero no le temblaban las manos. El joven giró la cabeza antes de marchar hacia la avenida de Ternes, con la cámara apretada contra el pecho. Se alejó sin volverse hacia la muerta que se parecía como una hermana a Britney Spears.